## LE ESCLAVITUD EN *SAB*, DE GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

En esta comunicación nos ocuparemos de *Sab,* novela de Gertrudis Gómez de Avellaneda, o la Avellaneda , como viene llamándosela invariablemente, para ver más cerca de que manera esta obra plantea el problema de la esclavitud, no dejando de tener en cuenta que la misma autora, no la incluyó en la edición completa de sus libros[2].

La novela *Sab,* se publicó por primera vez en 1841 en Madrid. No nos sorprende que la Avellaneda haya escrito una obra de denuncia, en las circunstancias políticas, ideológicas y sociales de aquella época. *Sab* surgió en el momento oportuno, pues dio gran realce a la campaña antiesclavista que se vivía en aquel momento.

Nos parece interesante observar cómo la Avellaneda esboza el carácter de su personaje principal.

En la novela Sab es el esclavo, o mejor dicho come él se califica, "mulato y esclavo . Pero no se debe pensar que la novela está fundada sobre la imagen turbia y oprimente que solemos asociar al concepto de esclavitud, por el contrario, Sab está en una posición relativamente privilegiada con respecto a su condición: es el mayoral, hombre de confianza del dueño .

Sab siempre fue tratado bien tanto por su actual dueño como por don Luis B ..., el hermano de éste. Es un hombre fiel directamente criado como compañero de infancia de Carlota. Su aspecto es aventajado y revela en su manera de actuar la descendencia de una madre africana y, lo que es más, princesa y de un padre blanco, rico y de elevados pensamientos.

Estamos, así nos parece, frente a una voluntad precisa de la autora que elige el camino más difícil para demostrar el drama del esclavo, el componente estrictamente espiritual de su sufrimiento; o sea la novelista no ha querido recurrir a los consabidos ingredientes del género (azotes, duros trabajos, crueldad de los amos) sino que se ha fijado en la condición espiritual que el ser esclavo lleva consigo.

En una ocasión la autora nos describe la vida material de los esclavos y en tal caso su lenguaje es enjuto y preciso, y es cuando la Avellaneda alejándose de su personaje así se expresa refiriéndose a su entorno vital: " ... bajo este cielo de fuego el esclavo casi desnudo trabaja toda la mañana sin descanso, y a la hora terrible del mediodía, jadeando, abrumado bajo el peso de la leña y de la caña que conduce sobre sus espaldas, y abrasado por los rayos del sol, llega el infeliz a gozar todos los placeres que tiene para él la vida"[5].

Este tipo humano desesperado, no tiene más reacciones, no tiene deseos, es llevado a los más bajos niveles de la sobrevivencia pura y simple. Esta realidad, presentada después de pocas páginas del comienzo, enmarca dramáticamente toda la obra; y sin embargo lejos de ser el eje central de la novela misma, es como un telón de fondo en el cual se mueven figuras entrevistas y nunca claramente dibujadas. En cambio es en Sab que nuestra autora ha querido enfocar más habilmente el problema; su objetivo es representar a través del mulato el sufrimiento de quien por cultura, sensibilidad y entereza de ánimo no acepta ni siquiera la misma idea de discriminación impuesta por el hombre y, no olvidémoslo, tolerada durante siglos por los que la han sufrido.

Veamos como van escalonándose los varios elementos que aparecen en Sab.

El protagonista tiene cualidades y capacidades que no se adecúan a un esclavo, es orgulloso, desdeñoso, altivo. Además ha recibido una instrucción que le lleva a reflexionar, comprender y meditar sobre muchas cosas. Sab encuentra obstáculos de su propia cultura en aceptar su condición. En él los fermentos de la libertad son muy fuertes porque el concepto de libertad, innato en el hombre, en el protagonista está sostenido y ampliado por la educación. Es precisamente todo este conjunto de virtudes que nos hacen un tanto difícil de creer en concreto en esta figura; si es verdad, que la autora ha puesto de relieve los elementos "sutiles" de la cuestión, no lo es menos que una mayor atención a lo que entonces era la realidad del mulato, hubiera añadido garras psicológicas, si se me permite la expresión, al personaje.

Sab a cada paso nos está representando la virtud de un modelo ideal tal cual la romántica Avellaneda nos lo pinta, en cambio el confesor al cual se dirige, le recuerda: "La virtud del esclavo es obedecer y callar, servir con humildad y resignación a sus legítimos dueños, y no juzgarlos nunca".[6]

Pero esta consigna obviamente no satisface ni a nuestro personaje ni a su creadora, que, deliberadamente, nos representa a una "cabeza visible" de la religión oficial cual entidad ciega y sorda ante las quejas que estorban al poder.

Mezcla de cristianismo idilíaco y de buen salvajismo a lo Rosseau, Sab se pregunta a sí mismo en cierta ocasión: "¿La virtud puede ser relativa? . ¿La virtud no es una misma para todes los hombres?".

Estas reflexiones y otras llevan a Sab a concluir que no existe la virtud entre los hombres que mienten.

El siente que algo urge dentro de su conciencia, por un lado se le pide no tener dignidad, derechos, sentimientos nobles; por el otro siente que estas mismas facultades que se le prohiben reclaman su derecho a manifestarse, pero en realidad todo esto en realidad nunca nos configura la que podríamos llamar la imagen de un verdadero rebelde.

El no acepta, como hacen los otros esclavos, "la sentencia de muerte moral", como dice textualmente la autora, decretada por el color de la piel. Sab se da cuenta de que la "abyección del hombre físico" se opone constantemente "al desarrollo del hombre moral"[7], que el esclavo no puede tener ambición, no puede esperar un porvenir; el esclavo no posee una "patria para defender", no tiene "deberes que cumplir"[8]. Prácticamente debe vivir, en palabras de la Avellaneda como "una bestia de carga que anda mientras puede y se echa cuando ya no puede más"[9]. Entonces el orgullo del mulato tiene una singular manera de expresarse: ama a Carlota, es decir quebranta una de las normas absolutas en vigor en aquella sociedad. Ella es para Sab una criatura de espíritu superior a través de la cual, Sab cree acercarse a Dios, rehusando los intermediarios, oficiales.

Este aspecto enaltecedor de la fuerza amorosa merecería ser profundizado en nuestra escritora, ya que a veces Carlota parece adquirir facetas de sabor casi angelical, quizás algún resabio platónico de los que menudean en el romanticismo lo haya sugerido a la novelista.

Ahora bien el modelo de Carlota, tal como nos está representado por la escritora, queda muy distante de la idea platónica que de ella tiene su enamorado. En efecto ella quiere que se le libere de su condición, pero, aunque libre, Sab sigue permaneciendo en una suerte de prisión espiritual.

Todos estos elementos, estos matices psicológicos preparan la larga carta escrita por Sab en la inminencia de su muerte. En ella varios temas son reanudados y sirven para explicar las razones de una muerte que en realidad no está justificada por las causas físicas que la novela parece sugerir.

En horas nocturnas, en lucha con el tiempo que pasa velozmente al lado de otra criatura infeliz que agoniza, Sab recorre rápidamente las etapas de su largo y meditado sufrimiento.

Al final de este camino espiritual él llega a pensar en la muerte como única opción de rescate. Había concentrado sus impulsos en un solo sentimiento, el amor y una vez derrotado, una vez que el objeto de sus pensamientos se ve contaminado por la mediocridad, él deja de luchar por la vida con la singular sensación de que su muerte será un regreso a Dios. ¿Otra huella "platónica" en la lectura de la autora? Lo que sí podemos decir es que según ella, su héroe quiere con la muerte conquistar aquella libertad espiritual que la sociedad le había negado, ya que le da la certeza de que "su destino no ha sido innoble ni vulgar"[10]. El que había querido "mirar al sol como el águila, no siendo sino un pájaro de la noche"[11], ahora se halla en el umbral de la muerte, ante un Dios que acepta, en palabras de la autora, "el culto solitario de su alma"[12]. Sus ojos, que por fin saben ver, comprenden con claridad que Carlota no es sino otra esclava abocada al "desengaño, al tedio, al arrepentimiento y más atrás ese monstruo de voz sepulcral y cabeza de hierro..., ¡lo irremediable!"[13]. Estas consideraciones, nos presentan otro tipo de servidumbre, aquella no proclamada y sin embargo efectiva de la mujer.

Eos dos protagonistas por lo tanto, esclavos ambos, se nos despiden de modo diferente. Sab liberando con el desenlace luctuoso su propio espíritu prisionero, Carlota desa-

pareciendo simbólicamente del horizonte de la narradora, figura emblemática de un destino de vida que no es sólo suyo sino de la misma condición femenina.

CARLOS ALBERTO CACCIAVILLANI
Universidad de Macerata

Notas

1) GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA, nació en Santa María de Puerto Principe, hoy Camagüey, en 1814. Dio comienza su labor literaria a los diez años con un cuento titulado: *El gigante con tres cabezas.* Es innegable la fibra romántica de sus tragedias bíblicas, como *Saúl,* escri ta en 1859, *Munio Alfonso* y *El Principe de Viana.*

De su amplia producción poética hay que destacar: *Amor y Orgullo* y un soneto, *Al partir,* que escribió cuando dejó por primera vez el suelo cubano. En narrativa figuran: *Sa6,* principalmente, escrita en su primera juventud y otras novelas de las cuales la más interesente quizás sea *El cacique Turmequé,*

La Avellaneda transcurrió, como se sabe, la mayor parte de su vida en España y sus escritos fueron en su mayoría terminados en ese país donde muere en 1873.

Para una mayor información, v. COTARELO Y EMILIO, *La Avellaneda y sus obra. Ensayo biográfico y critico,* Madrid, Tip. de Archivos, 1930.

2) GOMEZ DE AVELLANEDA GERTRUDIS, *Sab.* Edición, prólogo y notas de CARMEN BRAVO VILLASANTE' Salamanca, Ed. Anaya, 1970.

3) *Ibidem,* págs. 46-223-224.

4) *Ibidem,* p. 47.

5) *Ibidem,* p. 44.

6) *Ibidem,* p. 220.

7) *Ibidem,* p. 167.

8) *Ibidem,* p. 168.

9) *Ibidem,* p. 168.

10) *Ibidem,* p. 225.

11) *Ibidem,* p. 225.

12) *Ibidem,* p. 225.

13) *Ibidem,* p. 227.